

Democracia Obrera y Socialismo: una aproximación desde el pensamiento de Antonio Gramsci.

Florencia Martínez.

Cita:

Florencia Martínez (2007). *Democracia Obrera y Socialismo: una aproximación desde el pensamiento de Antonio Gramsci*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/60>

VII^a Jornadas de Sociología: 1957 – 2007. Cincuenta años. “Pasado y presente de la Sociología”

MESA: *Clase obrera, nuevos sujetos y conflicto social (de la protesta a la revolución)*

Coordinadores:

Christian Castillo, Pablo Bonavena y Agustín Santella

Trabajo: “*Democracia Obrera y Socialismo: una aproximación desde el pensamiento de Antonio Gramsci*”

Autora: Florencia Martínez (Lic. En Ciencia Política, Facultad de Cs. Sociales, UBA)

Correo electrónico: flor282@gmail.com

“(…) la libertad no es utopía, porque es aspiración primordial, porque toda la historia de los hombres es lucha y trabajo por suscitar instituciones sociales que garanticen el máximo de libertad. (...) el socialismo no se instaura en fecha fija, sino que es un cambio continuo, un desarrollo infinito en régimen de libertad organizada y controlada por la mayoría de los ciudadanos, o sea, por el proletariado.”

Gramsci, Antonio “Utopía”

Introducción

Pasaron ya noventa años de aquel Octubre en el que la revolución socialista dejó de ser un sueño utópico para dar paso a la apertura de una oleada revolucionaria que encontró ecos no sólo en Europa, sino en los más diversos rincones del mundo, reconfigurando así el escenario político y social en la primera posguerra.

Buscando rendir homenaje a aquellos luchadores y luchadoras que en ese entonces dieron la vida por la construcción de sus sueños, por la búsqueda de una sociedad diferente, en este trabajo analizaremos el proceso revolucionario abierto en Italia, usualmente denominado “Bienio Rojo” (1919-1920).

Para abordar el estudio de este proceso nos centraremos en los escritos juveniles de Antonio Gramsci, tomando como referencia principal sus elaboraciones del período comprendido entre 1917-1922.

A setenta años de la muerte de Antonio Gramsci creemos que el mejor homenaje que podemos rendirle no es leer unilateralmente sus categorías como algo cerrado, no dejar estancadas sus ideas en las páginas amarillentas de los libros que pueblan los infinitos pasillos de la biblioteca de Babel, sino ponerlo en movimiento. El mejor homenaje a un pensador y militante de la talla de Antonio Gramsci es comprender sus elaboraciones teórico-políticas como algo dinámico y vivo, no anquilosarlas, sino lanzarlas a rodar, dando lugar a nuevas formas de interpretar la dialéctica de la lucha de clases en la actualidad, reviviéndolas en cada nueva lectura que de ellas hacemos.

Empezaremos, en primer lugar, por hacer un análisis del proceso italiano, entendiendo al mismo en estrecha y necesaria vinculación con la ardiente experiencia revolucionaria que sacudió al mundo a partir de 1917.

Luego, intentaremos dar cuenta de los paralelismos que pueden encontrarse en los escritos juveniles de Gramsci con los planteamientos de Lenin y Trotsky, teniendo en consideración el contexto internacional que atravesaba e influía las elaboraciones de Gramsci, y el debate en el marxismo de la época en torno a cómo avanzar en la construcción de la democracia obrera.

Es importante destacar que tomaremos como eje rector del análisis que atraviesa este trabajo la cuestión de la democracia obrera, proponiéndonos, a la vez, debatir con las concepciones reinantes en la ciencia política “oficial” o “políticamente correcta” sobre la democracia.

Como marxistas, entendemos que problematizar cómo profundizar la democracia es problematizar también, inexorablemente, las relaciones sociales de producción capitalistas. Este problema es deliberadamente (y no por casualidad, sino porque está en íntima relación con intereses políticos concretos) ignorado por la ciencia política “academicista”, que insiste en tratar de convencernos que problemas tan acuciantes como el hambre, la falta de trabajo, la deserción escolar, entre otros, se resuelven con diseños de “ingeniería institucional” y con la elaboración de políticas públicas concretas y específicas; es decir, mirando siempre el “sistema político” y ofreciendo soluciones focalizadas, nunca de conjunto.

Por el contrario, creemos que las soluciones no han de ser políticas concretas y focalizadas, aisladas unas de otras, sino que es necesario comprender la realidad de un modo complejo, donde los planos educativo, económico, político y cultural forman parte de una totalidad dentro de la cual se relacionan dialécticamente.

En este sentido, buscamos abordar la idea de democracia desde una postura crítica. Sabemos que nuestro pensamiento y accionar no son hegemónicos, pero la lucha de ideas, como parte integrante de la lucha de clases, del esfuerzo del trabajo por derrotar la opresión a la que lo somete el capital, nos obliga como politólogos a dar batalla con argumentos, teorías y reflexiones sólidos, contruidos en la experiencia real de la lucha entre la clase dominante y las clases subalternas.

Por eso, siendo fieles a nuestro humilde intento de poner a Gramsci “en movimiento”, no vamos simplemente a “recordar” a Gramsci, sino a “pensarlo”, y en ese sentido, apropiándonos un poco de sus palabras “*Este escrito pretende ser un estímulo para el pensamiento y para la acción (...)*”.¹

1. El Bienio Rojo Italiano: desarrollo, resultados y perspectivas.

1.1 Contexto nacional e internacional

La revolución rusa de 1917 marca el inicio de una oleada revolucionaria que se hará expansiva hacia otros países de Europa, registrándose la apertura de procesos revolucionarios en Hungría, Austria, Alemania e Italia.

Los “diez días que conmovieron al mundo” se vuelven importantes a la luz de dos hechos fundamentales. Por un lado, instauraron por primera vez una experiencia de gobierno obrero exitosa, pues pese a todas las dificultades que debió afrontar el gobierno de los Soviets hasta consolidarse, logró superar la experiencia más próxima que lo había precedido: la Comuna de París (1871). Descripta por Marx como: “(...) un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.”², la Comuna, en tanto régimen de gobierno proletario, había durado tan sólo setenta días, hasta que fue finalmente desarticulada por la sistemática represión organizada por la burguesía parisina.

Por otro lado, la revolución de Octubre vino a dar por tierra con las concepciones mencheviques, mostrando que en un país atrasado como Rusia era posible que la clase obrera tomara “el cielo por asalto” antes que en los países europeos donde el capitalismo había alcanzado un grado de desarrollo más avanzado. Esta “puesta en jaque” de la concepción

¹ Gramsci, Antonio: “Democracia obrera” en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. Pag. 59.

² Marx, Carlos: “La guerra civil en Francia”, en Marx, C. y Engels, F.: *Obras Escogidas*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1957. Pag. 358.

menchevique de la “revolución por etapas”, según la cual había que aguardar el desarrollo del capitalismo, por lo cual, el proletariado en Rusia debía acompañar a la burguesía en su revolución democrática contra el zarismo, se vuelve un hecho político significativo, no sólo porque muestra que es posible pensar la revolución en países atrasados, sino porque, desde la experiencia concreta de la lucha de clases, refuta las lecturas deterministas de Marx reinantes en los partidos socialdemócratas. Por eso Gramsci dirá que la revolución rusa fue una “revolución contra <<El Capital>>”³.

En este escenario internacional debe situarse, entonces, el Bienio Rojo italiano (1919-1920), y en este contexto de fuerte discusión teórico-política se deben comprender las elaboraciones de Antonio Gramsci sobre los Consejos de Fábrica que harían de Turín “la Petrogrado de la revolución proletaria italiana”.

Italia era uno de los países de Europa donde el movimiento antibélico había sido más fuerte. A diferencia de lo ocurrido en Alemania⁴, el Partido Socialista Italiano (PSI) se había mantenido contrario a la guerra y tan pronto como se constituyó la III Internacional, adhirió a ésta.

La crisis producto de las penurias económicas ocasionadas por la guerra ya se había hecho manifiesta en dos insurrecciones en la ciudad de Turín durante el transcurso del conflicto bélico. En mayo de 1915 estalló la primera de estas insurrecciones con objeto de impedir la intervención de Italia en la guerra contra Alemania, la segunda, en agosto de 1917, tuvo el carácter de una lucha revolucionaria armada a gran escala⁵.

Es importante señalar que la clase obrera italiana estaba geográficamente concentrada en las ciudades industriales del norte del país. Era una clase obrera numerosa y organizada, fundamentalmente, en sindicatos, cooperativas y en el PSI. La ciudad de Turín tenía a su vez la particularidad de estar esencialmente organizada en torno a la industria automotriz.

Como señala Gramsci, antes de la revolución burguesa, Turín era la capital de un pequeño Estado que abarcaba el Piamonte, la Liguria y Cerdeña, y los rubros económicos que caracterizaban a la ciudad eran la pequeña industria y el comercio. Con la unificación italiana y el traslado de la capital a Roma, la fisonomía de la ciudad de Turín se modificó sustancialmente. Al trasladarse la capitalidad, y con ello las funciones administrativas, la burguesía intelectual emigró de Turín a fin de proporcionar al nuevo Estado italiano el personal necesario para su funcionamiento. Por otro lado, el desarrollo de la gran industria hizo que aflorara hacia la ciudad la clase obrera italiana. Para 1920, la ciudad tenía medio millón de habitantes, de los cuales tres cuartas partes pertenecían a la clase trabajadora.

La industria automotriz, entonces, imprimirá un sello particular a la sociedad torinesa ya que *“La producción de automóviles es la característica de la industria metalúrgica torinesa. La mayor parte de la clase obrera está formada por obreros calificados y técnicos, los cuales no tienen, sin embargo, la mentalidad pequeño-burguesa de los obreros calificados de otros países, por ejemplo, de Inglaterra.*

Los metalúrgicos forman la vanguardia del proletariado torinés. Dadas las particularidades de esa industria, todo movimiento de sus obreros se convierte en un movimiento general de

³ Véase Gramsci, Antonio: “La Revolución contra <<El Capital>>” en Gramsci, Antonio: Antología, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004.

⁴ El 4 de agosto de 1914 el partido socialdemócrata alemán (SPD) había votado a favor de los créditos de guerra, legitimando así la política imperialista de Guillermo II. Esto produjo quiebres al interior de la Segunda Internacional, generándose un grupo conocido como “la izquierda de Zimmerwald”. Este grupo se constituyó por iniciativa de Lenin en la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald, realizada en septiembre de 1915. El grupo, dirigido por Lenin, luchó contra la mayoría centrista y presentó un manifiesto en el que se condenaba la guerra y se denunciaba la traición de los socialdemócratas. Si bien la propuesta fue rechazada por la mayoría centrista, el grupo de Zimmerwald quedó constituido y marcó un precedente en el camino hacia la fundación de una nueva Internacional.

⁵ Gramsci, A. “El movimiento torinés de los consejos de fábrica” en Gramsci, Antonio: Antología, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 86.

*masas y asume un carácter político y revolucionario, aunque al principio no persiguiera más que objetivos sindicales.*⁶

Por eso, para Gramsci, la consciencia y disciplina mostrada por el proletariado torinés durante el Bienio Rojo, debe entenderse a la luz de las particulares condiciones económico-políticas de la lucha de clases en la ciudad que lo albergaba.

A guisa de resumen, el período conocido como “Bienio Rojo” (1919-1920) se caracteriza por el florecimiento de órganos que plantean una dualidad de poder al interior de la unidad de producción⁷: los consejos de fábrica. En septiembre de 1919, tras una importante huelga, se constituye el primer consejo en la fábrica Fiat. Luego, la organización de los obreros en consejos se generaliza hacia otras fábricas. Además, la agitación se extiende hacia los obreros rurales y campesinos del valle del Po que, dirigidos por el diputado católico Migliori, se lanzan a la ocupación masiva de tierras.

Según Gramsci, la actividad de los consejos se manifiesta con más claridad durante las huelgas, ya que muestra que las mismas pierden su carácter espontáneo y fortuito y que el nivel de organización alcanzado en estos órganos es capaz de movilizar, por ejemplo, en diciembre de 1919, a más de 120.000 obreros en el curso de una hora.

En abril de 1920, se inicia una huelga general en Turín. En los meses de febrero y marzo se había producido un conflicto entre los trabajadores y los patrones por cuestiones de horario. Los obreros responden con la ocupación de algunas fábricas, pero son desalojados por la policía. Además, los industriales italianos (agrupados en la Confindustria) deciden a fines de marzo, con objeto de disolver los consejos, cerrar las fábricas. El día 3 de abril se declara la huelga general, que llega a ser acatada por 500.000 trabajadores de Turín y el Piamonte, pero que no logra expandirse por el resto del país⁸. Como era difícil continuar la lucha de forma aislada, finalmente la huelga es levantada el día 24 de abril con un acuerdo según el cual se reconoce a las comisiones obreras autonomía en su organización, pero que constituye una derrota a la lucha por el poder en la fábrica.

Luego de esto, los consejos de fábrica persistieron en su lucha. A principios de septiembre de 1920, hubo una ocupación generalizada de fábricas y por orden de la F.I.O.M. (Federación Italiana de Obreros Metalúrgicos) 500.000 metalúrgicos se declararon en huelga en toda Italia. Sin embargo, hacia finales de septiembre, un acuerdo impulsado por Giolitti (quien gobernaba el país desde el 23 de Junio de ese año) puso final a la ocupación.

El movimiento de los consejos entró en crisis definitiva en 1921, coincidiendo su decadencia con el ascenso del movimiento fascista, que durante ese año “(...) acomete en gran escala sus asaltos contra entidades obreras, cooperativas y autoridades locales socialistas, en una

⁶ Gramsci, A. “El movimiento torinés de los consejos de fábrica” en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 84 y 85.

⁷ Sobre el concepto de “dualidad de poder” volveremos más adelante. Por el momento, nos interesa resaltar que el doble poder puede expresarse al interior de la unidad productiva (fábrica) con el surgimiento de organizaciones que plantean un desafío a la patronal sobre el manejo de la fábrica (comités de fábrica, comisiones internas, consejos de fábrica, asambleas de trabajadores u otras), por otro lado, el doble poder puede expresarse a escala regional y nacional, cuando las masas se organizan en instituciones de nuevo tipo (Soviet, Comuna u otras) que plantean un desafío al Estado burgués, que pretenden abolirlo dando lugar a un nuevo tipo de formación estatal: la dictadura del proletariado.

⁸ Paradójicamente, cuenta Gramsci, los obreros rusos se solidarizaron rápidamente con los huelguistas torineses: “Uno de los miembros de la delegación italiana, recién regresado de la Rusia soviética, contó a los obreros de Turín que la tribuna dispuesta para acoger a la delegación en Kronstadt estaba adornada por la siguiente inscripción: <<Viva la huelga general de Turín de abril de 1920!>> (...) Por eso los obreros torineses se informaron complacidamente del acto de simpatía de los camaradas de Kronstadt, y se dijeron: <<Nuestros camaradas comunistas rusos han comprendido y estimado la importancia de la huelga de abril mejor que los oportunistas italianos, dando así a estos últimos una buena lección>>” Gramsci, A. “El movimiento torinés de los consejos de fábrica” en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 82.

campaña de terror generalizado, que los exhibe como brazo armado del poder capitalista y terrateniente a la hora de acabar con la amenaza revolucionaria, y a poco andar como 'alternativa de gobierno' para el empresariado, la Iglesia, el ejército, la monarquía, e incluso amplios sectores pequeñoburgueses 'liberales' que le temen más a la rebelión obrera que al fascismo."⁹

Pero también, la crisis final de los consejos de fábrica debe ser comprendida teniendo en cuenta que confluye con el reflujo de la revolución socialista en Europa: en Alemania, la revolución encabezada por los espartaquistas había sido derrotada por la represión comandada por la socialdemocracia; en Rusia, la NEP estaba próxima a reemplazar al comunismo de guerra y en Hungría, la república soviética establecida en 1919 había sido derrotada, instaurándose allí el primero de los gobiernos fascistas de Europa, encabezado por Miklos Horthy.

1.2 Consejos, prensa obrera, sindicatos y partido: O de cómo ha de organizarse la clase obrera para romper sus propias cadenas...

En la etapa imperialista del proceso de acumulación capitalista, señala Gramsci, el capitalista se aleja de la fábrica, las funciones antes ejercidas por el empresario-propietario se deslizan desde la fábrica misma hacia un sistema de fábricas poseídas todas por la misma firma, más aún, la administración de estas unidades productivas recae sobre un banco, o sistema de bancos que se encargan del suministro de materias primas y de la obtención de mercados de venta. Además, durante la guerra el Estado se convierte en suministrador de materias primas para la industria. Entonces, se pregunta Gramsci, ¿dónde ha ido a esconderse la figura económica del empresario-propietario, del capitán de industria, necesario para la producción por su iniciativa y previsión? Y entonces afirma: *"Se ha desvanecido, se ha fundido en el proceso de desarrollo del instrumento de trabajo, en el proceso de desarrollo del sistema de relaciones técnicas y económicas que constituyen las condiciones de la producción y del trabajo. (...) El propietario del capital se ha convertido en una rama seca en el campo de la producción. Como ya no es indispensable, como sus funciones históricas se han atrofiado, se convierte en un mero agente de policía, y pone directamente sus <<derechos>> en las manos del Estado para que éste los defienda sin piedad."*¹⁰

Como consecuencia de este "alejamiento" del propietario, el Estado se convierte en propietario único del instrumento de trabajo y asume todas las funciones propias del patrón: compra y suministra las materias primas, se encarga del proceso de producción y distribución y controla el orden al interior de las fábricas. Asimismo, para entretener a la burguesía ociosa y "ávida de recrearse a sí misma", se crean un sin fin de organismos estatales innecesarios, poblados de una burocracia incompetente y parasitaria.

No obstante, el alejamiento del propietario de la fábrica abre una perspectiva positiva para el desarrollo del movimiento obrero. Al no sentir la continua presión directa del patrón, el obrero conquista un importante grado de autonomía y de iniciativa. Y en la medida que los obreros toman consciencia de que los engranajes del proceso productivo son ellos, de que puede alejarse el patrón pero la fábrica sigue funcionando en tanto son ellos quienes la hacen funcionar, es decir, en la medida que los obreros adquieren consciencia de que son ellos, en definitiva, quienes controlan y manejan el proceso productivo, y que cada uno es tan necesario como el otro en tanto parte un todo, entonces, las potencialidades que pueden adquirir las experiencias de autogobierno obrero al interior de la fábrica son ilimitadas:

⁹ Campione, Daniel: *Antonio Gramsci: Orientaciones introductorias para su estudio*, en <http://www.rebellion.org> P. 16

¹⁰ Gramsci, A. "El instrumento de trabajo" en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 69 y 70.

“En la fábrica la clase obrera llega a ser un determinado <<instrumento de producción>> en una determinada constitución orgánica; cada obrero pasa <<casualmente>> a formar parte de ese cuerpo constituido (...) cada obrero es un engranaje de la máquina-división del trabajo, de la clase obrera que se determina en un instrumento de producción. Si el obrero consigue consciencia clara de su <<necesidad determinada>> y la pone en la base de un aparato representativo de tipo estatal (o sea, no voluntario, no contractualista, no mediante carnet, sino absoluto, orgánico, pegado a una realidad que es necesario reconocer si uno quiere asegurarse el pan, la ropa, el techo, la producción industrial), si el obrero, si la clase obrera, hacen eso, hacen al mismo tiempo una cosa grandiosa, comienzan una historia nueva, comienzan la era de los Estados obreros que confluirán en la formación de la sociedad comunista (...). En realidad, al constituir ese aparato representativo la clase obrera realiza la expropiación de la primera máquina, del instrumento de producción más importante: la clase obrera misma, que ha vuelto a encontrarse, que ha conseguido consciencia de su unidad orgánica y que se contrapone unitariamente al capitalismo.”¹¹

Así, la fuente del poder industrial vuelve a la fábrica, donde el nuevo sistema representativo (el sistema de los consejos) se constituye como célula de un nuevo Estado, el Estado obrero. La fábrica, entonces, funciona para Gramsci como un poderoso ámbito educativo para la revolución comunista. Allí la clase obrera aprende y toma consciencia de su lugar en la sociedad y en la producción a partir de las asambleas, de las discusiones para formar los consejos, del desarrollo del proceso productivo, del autogobierno, dando paso a la formación de un rico patrimonio surgido de la experiencia cotidiana. Asimismo, en este camino, la clase obrera debe prepararse para adquirir pleno dominio de sí misma, y para esto debe disciplinarse sólidamente. Recordemos que para Gramsci, la disciplina forma parte de la libertad¹². Así, la clase obrera, en la medida que adquiere consciencia de clase para sí, se organiza y se disciplina, avanza en el camino hacia la sociedad futura, hacia la formación de un nuevo orden.

Por eso, según Gramsci, el proceso revolucionario se gesta desde lo subterráneo, en la oscuridad de la fábrica, en el campo de la producción, allí donde las relaciones son de opresor a oprimido, donde no existe democracia, ni libertad: “(...) el proceso revolucionario se realiza donde el obrero no es nada y quiere convertirse en todo, donde el poder del propietario es ilimitado, poder de vida o muerte sobre el obrero, sobre la mujer del obrero, sobre los hijos del obrero”¹³. En la medida que, como explicamos, el propietario se aleja de la fábrica y a su vez, los obreros se organizan, toman consciencia y se disciplinan en torno a un proyecto propio, el proceso revolucionario sale a la luz:

“(...) ¿cuándo decimos que el proceso histórico de la revolución proletaria ha salido a la luz, se ha hecho controlable y documentable?

Lo decimos cuando toda la clase obrera se ha vuelto revolucionaria (...) en el sentido de que toda la clase obrera, tal como se encuentra en la fábrica, comienza una acción que tiene que desembocar necesariamente en la fundación de un Estado obrero (...) Y decimos que el período actual es revolucionario precisamente porque comprobamos que la clase obrera tiende a crear, en todas las naciones, tiende con todas sus energías (...) a engendrar de su seno instituciones de tipo nuevo en el campo obrero, instituciones de base representativa, construidas según un esquema industrial; decimos que el período actual es revolucionario porque la clase obrera

¹¹ Gramsci, A. “El consejo de fábrica” en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 80 y 81.

¹² “Disciplinarse es hacerse independiente y libre. El agua es agua pura y libre cuando fluye entre las dos orillas de un arroyo o de un río, no cuando está caóticamente dispersa por el suelo ni cuando se difunde enrarecida por la atmósfera. Así, el que no sigue una disciplina política es materia en estado gaseoso o ensuciada por elementos extraños: por tanto, inútil y dañosa. La disciplina política hace que precipiten esas impurezas y da al espíritu su metal mejor, una finalidad a la vida, sin la cual no valdría la pena vivirla.” Gramsci, A. “Disciplina y libertad” en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 23.

¹³ Gramsci, Antonio: “El consejo de fábrica”, en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 79.

tiende con todas sus fuerzas, con toda su voluntad, a fundar su Estado. Por eso decimos que el nacimiento de los Consejos de fábrica representa un grandioso acontecimiento histórico, representa el comienzo de una nueva Era de la historia del género humano: con ese nacimiento el proceso revolucionario ha salido a la luz, y ha entrado en la fase en que puede ser controlado y documentado."¹⁴

Justamente, encargados de "documentar" la experiencia de los consejos serán los miembros del PSI agrupados en torno al semanario "L'Ordine Nuovo". Este semanario de cultura socialista hace su entrada en la vida política italiana el 1 de mayo de 1919 bajo el lema: *"Instrúyanse, porque necesitaremos toda nuestra inteligencia. Conmuévanse, porque necesitaremos todo nuestro entusiasmo. Organícense, porque necesitaremos toda nuestra fuerza."*

Como relata Gramsci, en las primeras reuniones que tenían con el grupo de integrantes del PSI que darían vida luego al semanario, lo que los motivaba era el deseo de "hacer algo", pero no sabían a ciencia cierta qué.

Así, siguiendo el relato del artículo "El programa de L'Ordine Nuovo", en las primeras reuniones hubo quienes propusieron dedicarse a estudiar la organización de la fábrica, a pensar si había en Italia algún tipo de organización que pudiera equipararse con el soviético. Según lo narrado por Gramsci, hubo quien dijo que si en Italia existía algún germen de gobierno obrero, ese germen eran las comisiones internas, y que entonces debían dedicarse a estudiar esas instituciones. A partir del estudio de éstas, el periódico debía dar cuenta de la fábrica como organismo político, como "territorio nacional de autogobierno obrero".

Sin embargo, esta línea teórico-política fue rechazada por Tasca y, en palabras de Gramsci, los primeros números de "L'Ordine Nuovo" fueron una simple "antología", una revista de cultura abstracta.

No obstante, Gramsci y Togliatti urdieron un "golpe de Estado de redacción", planteando en un artículo el problema del desarrollo de las comisiones internas. A partir de allí, tras la amplia acogida que tuvo el artículo en el movimiento obrero, "L'Ordine Nuovo" siguió tratando el tema como central, consolidándose así como el periódico de los consejos de fábrica:

*"L'Ordine Nuovo se convirtió, para nosotros y para cuantos nos seguían, en << el periódico de los consejos de fábrica >>; los obreros quisieron a L'Ordine Nuovo (podemos afirmarlo con íntima satisfacción). ¿Por qué gustaron los obreros de L'Ordine Nuovo? Porque en los artículos del periódico encontraban una parte de sí mismos, su parte mejor; porque notaban que los artículos de L'Ordine Nuovo no eran frías arquitecturas intelectuales, sino que brotaban de nuestra discusión con los mejores obreros, elaboraban sentimientos, voluntades, pasiones reales de la clase obrera torinesa que habían sido exploradas y provocadas por nosotros (...)"*¹⁵

El rol desempeñado por "L'Ordine Nuovo" pone de relieve la importancia de la existencia de un órgano de prensa propio del movimiento obrero revolucionario. Pensando la cuestión de la organización, se vuelve importante contar con una prensa independiente de los medios de información oficiales, una prensa que plantee los problemas que interesan al conjunto de las clases subalternas. Desde su lugar, "L'Ordine Nuovo" pretendía ayudar a promover el desarrollo de las comisiones internas, a ampliar sus bases. Y la construcción política, como bien dice Gramsci, se daba junto al movimiento obrero, es decir, no situándose por encima de ellos a través de "frías arquitecturas intelectuales"¹⁶, sino acompañando el proceso de construcción de

¹⁴ Gramsci, Antonio: "El consejo de fábrica", en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 79 y 80.

¹⁵ Gramsci, Antonio: "El programa de L'Ordine Nuovo" en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 100

¹⁶ Aquí puede vislumbrarse un germen de lo que sería luego uno de los principales nudos temáticos que obsesionarían a Gramsci en la cárcel: el rol de los intelectuales *"El error del intelectual consiste en creer que se pueda saber sin comprender y, especialmente, sin sentir ni ser apasionado (...) si se halla*

los consejos a través de artículos cuyo objetivo era incentivarlos, promoverlos y profundizar su desarrollo, aprendiendo continuamente de la experiencia.

El primero de los muchos consejos que surgirían nace en la automotriz Fiat en septiembre de 1919. Como se explicó, los consejos surgen a partir de la transformación de las comisiones internas: *“Las comisiones internas son órganos de democracia obrera que hay que liberar de las limitaciones impuestas por los empresarios y a los que hay que infundir vida nueva y energía. Hoy las comisiones internas limitan el poder del capitalista en la fábrica y cumplen funciones de arbitraje y disciplina. Desarrolladas y enriquecidas, tendrán que ser mañana los órganos del poder proletario que sustituirá al capitalista en todas sus funciones útiles de dirección y de administración.”*¹⁷

Los consejos, destinados a ser la célula del nuevo Estado, tendrían como tarea el control de la producción, el armamento y la preparación militar, técnica y política de las masas.

Gramsci define al consejo de fábrica como una forma de organización obrera de nuevo tipo, en oposición a los sindicatos. A éstos los considera instituciones que nacen dentro de los límites permitidos por la legalidad capitalista, con objeto de obtener ciertas conquistas para la clase y dispuestos a luchar por que esas conquistas sean respetadas. Y en tanto son organizaciones nacidas en el período de la historia dominado por el capital, son parte integrante de la sociedad capitalista y cumplen funciones inherentes al régimen de propiedad privada: *“En este período, en el que los individuos valen en cuanto son propietarios de mercancía y comercian con su propiedad, también los obreros han debido obedecer a las leyes férreas de la necesidad general y se convirtieron en comerciantes de su única propiedad: la fuerza de trabajo y la inteligencia profesional. Más expuestos a los riesgos de la competencia, los obreros acumularon su propiedad en “empresas” cada vez más vastas y organizadas, crearon un enorme aparato de concentración de carne de fatiga, imponiendo precios y horarios y disciplinaron el mercado. (...) La naturaleza esencial del sindicato es competitiva, no comunista. El sindicato no puede ser instrumento de renovación radical de la sociedad: puede ofrecer al proletariado expertos burócratas (...) pero no puede ser la base del poder proletario.”*¹⁸

Por otro lado, estas estructuras se han vuelto sumamente burocráticas¹⁹ y reformistas y por ello no pueden ofrecer, en el período revolucionario abierto en 1917, una alternativa viable para

*separado del pueblo-nación, o sea, sin sentir las pasiones elementales del pueblo (...). No se hace política-historia sin esta pasión, sin esta vinculación sentimental entre intelectuales y pueblo-nación. (...) Si las relaciones entre intelectuales y pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos –entre gobernantes y gobernados-, son dadas por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber (no mecánicamente, sino de manera viviente), sólo entonces la relación es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; sólo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea el “bloque histórico”. Gramsci, Antonio “Paso del saber al comprender, al sentir y viceversa, del sentir al comprender, al saber” en Gramsci, Antonio. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2003. p. 124.*

¹⁷ Gramsci, Antonio: “Democracia Obrera” en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 62

¹⁸ Gramsci, Antonio: “Sindicatos y Consejos I” en Gramsci, Antonio: *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI Editores, México DF, 1998. P. 98.

¹⁹ Sobre la burocratización de los sindicatos es muy interesante la siguiente reflexión: *“Los obreros sienten que el complejo de “su” organización se ha convertido en un aparato tan enorme que ha terminado por obedecer a leyes propias, implícitas en su estructura y en su complicado funcionamiento pero extrañas a la masa que conquistó consciencia de su misión histórica de clase revolucionaria. Sienten que su voluntad de poder no logra expresarse (...) a través de las actuales jerarquías institucionales. Sienten que también en su casa, en la casa que construyeron tenazmente, (...), la máquina oprime al hombre, la burocracia esteriliza el espíritu creador (...). Los obreros se irritan por estas condiciones de hecho, pero son individualmente impotentes para modificarlas; las palabras y la voluntad de cada hombre son muy poca cosa frente a las leyes férreas inherentes a la estructura del aparato sindical”* Gramsci, Antonio: “Sindicatos y Consejos I” en Gramsci, Antonio: *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI Editores, México DF, 1998. P. 97.

la lucha obrera. Finalmente, los sindicatos no pueden ser organizaciones revolucionarias²⁰ porque conciben a la legalidad burguesa como eterna, es decir, conciben como perenne una forma de organización que está en íntima relación con un proceso histórico concreto.

En cambio, el consejo de fábrica si puede cumplir un rol revolucionario ya que, a diferencia del sindicato, no nace en el campo de la “libertad”, de la legalidad establecida por la democracia burguesa; sino que nace en el campo de la producción, en la fábrica, allí donde no priman relaciones entre “iguales” (de ciudadano a ciudadano), sino relaciones de explotación (entre opresores y oprimidos).

Por eso, al interior del consejo, el concepto de ciudadano cae y es sustituido por el de compañero. Se tejen lazos de solidaridad y fraternidad, y se instaure la colaboración en el campo productivo, de forma de producir la riqueza social. Como se explicó, cada obrero toma consciencia de su necesidad dentro del proceso productivo. Por ello: “(...) *todos terminan por adquirir una consciencia comunista (...). El consejo es el más adecuado órgano de educación recíproca y de desarrollo del nuevo espíritu social que el proletariado ha logrado extraer de la experiencia viva y fecunda de la comunidad de trabajo.*”²¹

El consejo de fábrica se organiza por oficio. En cada sección los trabajadores se organizan en equipos, y cada equipo es una unidad de trabajo (oficio), el consejo está constituido por delegados elegidos dentro de cada equipo. Aquí surge otra diferencia con el sindicato, ya que mientras éste último se basa en el individuo, el consejo se basa en la unidad orgánica de los distintos oficios. Cada oficio siente que es diferente en el cuerpo homogéneo de la clase, pero a la vez se siente engranaje del sistema de disciplina y orden con el que se hace posible el desarrollo del proceso productivo.

Así, la organización que se dan los trabajadores al interior de su lugar de trabajo, cumple un importante rol en el desarrollo de una nueva subjetividad. Sin embargo, el desarrollo de esta subjetividad no es algo mecánico, sino que se relaciona con la consciencia de clase y la disciplina adquirida, que se nutren y enriquecen, a su vez, conforme a la experiencia práctica de lucha²². Por eso, para Gramsci: “*La existencia del consejo otorga a los obreros la responsabilidad directa de la producción, los lleva a mejorar su trabajo, instituye una disciplina consciente y voluntaria, crea la psicología del productor, del creador de historia.*”²³

De esta forma, a través del consejo y el sistema de los consejos, la clase obrera adquiere consciencia de su lugar en el ámbito de la producción, de su responsabilidad y de su porvenir, es decir, adquiere la psicología y el carácter de clase dominante, destinada a implantar un nuevo Estado. Sin embargo, la acción política está en íntima relación con la acción económica. Entonces, para Gramsci, de la creación de órganos de poder obrero al interior del campo de la producción, se debe avanzar hacia la construcción de órganos de poder obrero en el campo político (una forma sería el Soviet o la Comuna), que planteen una dualidad de poderes al Estado burgués y que, destinados a sustituirlo, instauren la dictadura del proletariado. Por eso, como se dijo, Gramsci entiende al consejo como la base, el punto de partida, de un proceso que ha de culminar en la dictadura del proletariado.

Con respecto al rol del consejo durante el proceso revolucionario, éste deberá articularse en su accionar con los sindicatos y el partido:

²⁰ Sin embargo, notamos cierta ambigüedad en el planteo de Gramsci con respecto a los sindicatos. Mientras que en algunos artículos es taxativo con respecto a que no pueden cumplir un rol revolucionario, en otros, plantea que es posible cambiar la esencia de los sindicatos dándoles un contenido clasista. Sobre esto volveremos más adelante.

²¹ Gramsci, Antonio: “Sindicatos y Consejos I” en Gramsci, Antonio: *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI Editores, México DF, 1998. P. 99.

²² Harman, Chris: *Antonio Gramsci. Socialista revolucionario*. Ediciones El mundo al Revés, Serie Activistas, España, Octubre de 2001, en Internet: <http://www.elmundoalreves.org> Pags. 10-11

²³ Gramsci, Antonio: “Sindicatos y Consejos I” en Gramsci, Antonio: *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI Editores, México DF, 1998. P. 100.

“(…) se perfila así la red de instituciones dentro de las cuales se desarrolla el proceso revolucionario: el consejo, el sindicato, el Partido Socialista. El consejo, formación histórica de la sociedad, determinado por la necesidad de dominar el aparato de producción, formación nacida por la consciencia de sí conquistada por una parte de los productores. El sindicato y el partido, asociaciones voluntarias, instrumentos de propulsión del proceso revolucionario, “agentes” y “gerentes” de la revolución; el sindicato que coordina las fuerzas productivas e imprime al aparato industrial la forma comunista; el Partido Socialista, modelo viviente y dinámico de una convivencia social que une la disciplina a la libertad y hace rendir al espíritu humano toda la energía y el entusiasmo de que es capaz.”²⁴

Si bien en el período aquí estudiado (1917-1922) Gramsci no le asigna un lugar central al partido en la dirección del proceso revolucionario, si tiene en cuenta que el partido es necesario, ya que plantea una triple articulación entre consejos, sindicatos y partido, con primacía del consejo.

Con respecto a los sindicatos, la formulación de Gramsci denota, a nuestro entender, una cierta ambigüedad.

Por un lado, plantea que el sindicato no puede ser la base del poder proletario, en tanto es una institución de naturaleza competitiva y contractual, nacida en el seno de la sociedad burguesa: *“El consejo es la negación de la legalidad industrial, tiende a anunciarla a cada instante, tiende necesariamente a conducir a la clase obrera a la conquista del poder industrial (...). El sindicato es un elemento de la legalidad, y debe proponerse hacerla respetar por sus miembros. El sindicato es responsable ante los industriales (...) garantiza la continuidad del trabajo y el salario (...) El consejo tiende, por su espontaneidad revolucionaria, a desencadenar en todo momento la guerra de clases; el sindicato, por su estructura burocrática, tiende a que la guerra de clases no se desencadene nunca.”²⁵*

Por otro lado, plantea a su vez que el sindicato puede asumir un rol dentro del proceso revolucionario en tanto y en cuanto se lo transforme en sentido clasista. Si los sindicatos impulsaran y se apoyaran en los consejos, superarían así su rol de conciliación de clases: *“(…) si el sindicato se apoyase directamente sobre los consejos, no para dominarlos sino para convertirse en su forma superior, se reflejaría en el sindicato la tendencia propia de los consejos de escapar a cada instante de la legalidad industrial (...)”²⁶*. Para esto, era menester recuperar los sindicatos en manos de los dirigentes reformistas y que los trabajadores le imprimiesen una disciplina revolucionaria y una dirección clasista y comunista.

Sin embargo, creemos que esta ambigüedad no debe ser entendida como contradictoria en el pensamiento de Gramsci, sino como parte de la dialéctica. Los sindicatos no pueden ejercer, por su actual estructura, un papel revolucionario; sin embargo, tienen potencialidades y si la clase obrera trabaja al interior de los mismos activamente, puede imprimirles un sello revolucionario. Lo que sí creemos probable, es que Gramsci esté infravalorando el papel de la burocracia como mecanismo obstaculizador de estas transformaciones.

Con respecto al partido, si bien no le asigna un rol central en la dirección del proceso revolucionario, tendrá en cuenta su importancia en tanto instancia de organización, como “agente” del movimiento de masas. Para Gramsci el PSI constituye el máximo “agente” de derrumbamiento (del Estado actual) y de formación de un nuevo Estado, no obstante, el “agente” no encarna necesariamente la forma del proceso. La forma del proceso está dada por la acción de masas, que en situaciones revolucionarias tiende a rebasar los límites de la dirección establecida por el partido: *“Habrá grandes líos si debido a una concepción sectaria del papel*

²⁴ Gramsci, Antonio: “El partido y la revolución” en Gramsci, Antonio: *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI Editores, México DF, 1998. P. 105

²⁵ Gramsci, Antonio: “Sindicatos y Consejos II” en Gramsci, Antonio: *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI Editores, México DF, 1998. P. 114

²⁶ Gramsci, Antonio: “Sindicatos y Consejos II” en Gramsci, Antonio: *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI Editores, México DF, 1998. P. 115

del partido en la revolución se pretende fijar en formas mecánicas de poder inmediato el aparato de gobierno de las masas en movimiento, se pretende constreñir el proceso revolucionario dentro de las formas del partido; se logrará desviar una parte de los hombres, se logrará “dominar” la historia; pero el proceso revolucionario real escapará al control y a la influencia del partido, convertido inconscientemente en organismo de conservación.”²⁷

Justamente, en el transcurso del Bienio Rojo, Gramsci irá advirtiendo el problema del partido, sobre todo a partir del accionar del propio PSI (donde él militaba), que le fue dando poco a poco la espalda al movimiento de los consejos. Así, tras la actitud del PSI de decidir cambiar la sede de su congreso nacional de Turín a Milán tras los incidentes de la huelga de abril de 1920, Gramsci ironizará “(...) una ciudad “presa de una huelga general” pareció poco adecuada como teatro de discusiones socialistas.”²⁸ De este modo, empezará a manifestar cuestionamientos cada vez más fuertes al PSI y a plantear la necesidad de reorganizar al partido.²⁹

En el artículo “Por una renovación del Partido Socialista”, analizará cuáles son las transformaciones internas que debe atravesar el partido. Para Gramsci, el PSI estaba aislado de la realidad, no tenía una comprensión clara de la realidad nacional e internacional que atravesaba el período, asistiendo más como “espectador” de los acontecimientos que como protagonista. También estaba al margen de los debates que se estaban dando en el seno de la III Internacional y, finalmente, su periódico “Avanti!” en lugar de reproducir para los obreros las noticias, polémicas y estudios que pudieran resultar de su interés, estaba impregnado de manifestaciones de pensamiento oportunista.

Considerando esta situación proponía una serie de transformaciones. En primer lugar, de partido parlamentario pequeño-burgués tenía que convertirse en partido del proletariado revolucionario que luchase por llegar a la sociedad comunista a través del Estado obrero. En segundo lugar, para esto, debía armarse de mayor cohesión y disciplina interna, y, finalmente, debía revisar su corpus doctrinario y su táctica, en pos de la elaboración de un programa de gobierno revolucionario. El partido debía volverse un “motor” de la acción obrera en todas sus manifestaciones, ya que el nuevo Estado no habría de nacer dentro del Parlamento burgués.

Sin embargo, tras la derrota final del Bienio Rojo, Gramsci abandonará la idea de reencausar al PSI, y, tras un balance de lo actuado, se abocará a la constitución de un nuevo partido: el Partido Comunista Italiano (PCI). En el artículo “El Partido Comunista”, se realiza un balance de la crisis de descomposición que atraviesan los partidos políticos italianos. De esta crisis tampoco está exento el PSI. Según Gramsci, el error fue haber creído que se estaba a tiempo de salvar la estructura del partido de la disolución. Y, a nuestro entender, también hubo en Gramsci un error de apreciación al creer que estructuras tan arraigadas en la consciencia de los militantes y dirigentes del PSI podían renovarse fácilmente, cuando en realidad, la experiencia europea (y a nivel mundial) mostraba que los partidos socialistas sufrían fuertes escisiones internas al calor de la revolución de Octubre, mientras florecían por todos los rincones del globo partidos comunistas que reivindicaban el marxismo-leninismo y la lucha revolucionaria por la toma del poder, mientras los partidos socialistas se volcaban al reformismo y a la práctica parlamentaria.

²⁷ Gramsci, Antonio: “El partido y la revolución” en Gramsci, Antonio: *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI Editores, México DF, 1998. P. 104

²⁸ Gramsci, A. “El movimiento torinés de los consejos de fábrica” en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 92.

²⁹ Incluso en 1920, durante el II Congreso de la Internacional Comunista Lenin plantea: “*Debemos decir simplemente a los camaradas italianos que a la posición de la Internacional Comunista corresponde la posición de los militantes del “Ordine Nuovo” y no la posición de la mayoría actual de los dirigentes del Partido Socialista y de su grupo parlamentario.*” Lenin, V. citado por Santucci, Antonio en “Introducción” en Gramsci, Antonio: *Escritos periodísticos de L’Ordine Nuovo (1919-1920)*, Tesis XI Grupo Editor, Buenos Aires, 1991. P. 6

De todas formas, esta reflexión tanto en Gramsci como en el resto de los integrantes del grupo de “L’Ordine Nuovo” apareció luego de la experiencia revolucionaria de 1919-1920 y, el 21 de enero de 1921, hace su entrada en la vida política italiana el PCI.

2. Hacia la construcción de la democracia obrera...

De lo que venimos analizando, podemos ver que para Gramsci un sistema de democracia obrera no puede encontrar su base en las instituciones actuales, sino que debe nacer a partir de organizaciones de nuevo tipo, con nueva esencia y con un contenido de clase diferente al que reina en el Estado burgués.

La democracia liberal es el régimen político que, en ciertas condiciones históricas, adopta el Estado capitalista. El Estado es producto de la contradicción irreconciliable entre dos clases antagónicas: la burguesía y la clase obrera. A través del Estado, ubicado aparentemente por encima de las diferencias reinantes en el ámbito de la sociedad civil, la clase dominante pretende mostrar como universal lo que es en realidad particular. El Estado se presenta como el representante de todos los ciudadanos, como el garante del respeto de los derechos, como el ámbito en donde “somos todos iguales”. Sin embargo, esto es sólo en apariencia, el Estado funciona, en realidad, como garante de la reproducción del modo de producción capitalista y es, en este sentido, un estado de clase: el Estado burgués.

En la medida que no se cuestione el orden establecido puede hacer concesiones, pero su función última es conservar intactas las bases del modo de producción capitalista (la propiedad privada de los medios de producción y la generación de una acumulación de ganancias en manos de la clase burguesa merced al proceso de extracción del plusvalor a la clase obrera – explotación-).

Por eso decimos que el Estado adopta en ciertas circunstancias históricas la forma política de la democracia, pero en otras, cuando la rebelión obrera plantea una amenaza inminente, el conjunto de las clases propietarias (empresarios, industriales, terratenientes) se inclinan a apoyar regímenes dictatoriales que repriman el ascenso de masas, lo ocurrido en el Bienio Rojo con el ascenso del fascismo encabezado por Benito Mussolini, o el establecimiento de la dictadura de Miklos Horthy en Hungría tras derrotar al gobierno de los soviets son ejemplo de esto.

Por eso, Gramsci planteará una crítica a la praxis reformista en un doble sentido. En primer lugar, porque no se puede concebir que las instituciones “democráticas” de la legalidad burguesa serán eternas (de hecho, el ascenso del fascismo como respuesta al proceso revolucionario de 1919-1920 así lo demuestra); y, en segundo lugar, porque dejan de lado que el Estado es un estado de clase y que, por ende, ninguna transformación radical de la sociedad puede llevarse a cabo desde las tribunas del Parlamento burgués.

Las clases dominantes pueden “tolerar” algunos diputados socialistas en el seno de sus instituciones, para así dar muestra de que la “democracia” es un régimen “amplio” y “representativo” de todos los sectores, pero no aceptarán que éstos impulsen medidas destinadas a alterar la propiedad privada de los medios de producción, ni la explotación de “sus” empleados.

Por eso, para Gramsci, la construcción del socialismo y la llegada a un sistema de democracia obrera va unido a la destrucción del Estado burgués y la sustitución del mismo, en el período de transición donde aún es necesario el Estado, por un Estado obrero cuyo régimen de gobierno sea la dictadura del proletariado:

“En una fase determinada de ese proceso las fuerzas productivas no pueden ya desarrollarse y organizarse de modo autónomo en los esquemas oficiales en los que discurre la convivencia humana; en esa determinada fase se produce el acto revolucionario, el cual consiste en un esfuerzo tendente a destruir violentamente esos esquemas, a destruir todo el aparato de poder económico en el que las fuerzas productivas revolucionarias estaban

oprimidas y contenidas; un esfuerzo tendente a romper la máquina del estado burgués y a constituir un tipo de Estado en cuyos esquemas las fuerzas productivas liberadas hallen la forma para su ulterior desarrollo, para su ulterior expansión, y en cuya organización encuentren la defensa y las armas necesarias y suficientes para suprimir a sus adversarias."³⁰

Es importante entender que, al hablar de "dictadura del proletariado", la palabra "dictadura" debe entenderse en el sentido de que como aún subsisten las diferencias de clase (ya que el socialismo no se construye de la noche a la mañana, sino que es un proceso abierto, largo e incierto) es necesario que la clase obrera, ahora en el poder, reprima a la clase burguesa para evitar una contrarrevolución. Pero, a la vez, hay más democracia que antes, en el sentido de que bajo la dictadura del proletariado, si bien subsiste la dominación de clase, es ahora la clase verdaderamente mayoritaria la que gobierna. Los trabajadores en el poder, en alianza con el campesinado, instauran su propia democracia, que es diferente a la anterior en cantidad (porque ahora el gobierno está en manos de la mayoría del pueblo) y en calidad, en tanto se emprende un camino de revolución sustancial en todos los ámbitos de la vida: económico, político, cultural, educativo, en las relaciones familiares, en las relaciones entre el hombre y la mujer, entre trabajo manual y trabajo intelectual, entre otros.

Por eso, necesariamente, este nuevo tipo de Estado no puede nacer en el Parlamento, o dentro del Estado burgués: *"El comunismo como sistema de las nuevas relaciones sociales se realiza sólo en la medida en que existen las condiciones materiales de su actuación: este sistema de relaciones no puede instaurarse por vía legislativa y administrativa."*³¹

Durante el proceso revolucionario la clase obrera en alianza, fundamentalmente, con el campesinado y, eventualmente, con la pequeña burguesía, a las que dirige y lidera al interior de la alianza, crea instituciones de nuevo tipo, aparatos embrionarios de poder que están destinados a sustituir al Estado burgués. Como se explicó, el consejo de fábrica es concebido como germen de ese nuevo Estado obrero. No obstante, de la dualidad de poderes planteada por el consejo al interior del ámbito productivo, se debe avanzar hacia la constitución de órganos de poder obrero que disputen el poder al Estado burgués:

*"El Estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social de la clase obrera explotada. Relacionar estos institutos entre ellos, coordinarlos y subordinarlos en una jerarquía de competencias y de poderes, concentrarlos intensamente, aún respetando las necesarias autonomías y articulaciones, significa crear ya desde ahora una verdadera y propia democracia obrera en contraposición eficiente y activa con el Estado burgués, preparada ya desde ahora para sustituir al Estado burgués en todas sus funciones esenciales de gestión y dominio del patrimonio nacional"*³²

Así, la democracia obrera se diferencia cualitativamente de la democracia liberal (ya sea presidencial o parlamentaria) reinante en los Estados modernos. Mientras la última es un régimen político en estrecha y necesaria vinculación con el modo de producción capitalista y el Estado burgués, donde los hombres y mujeres somos "ciudadanos" y donde los valores que priman en la subjetividad imperante a lo largo y ancho de la sociedad son la competencia y el individualismo exacerbados; en la democracia obrera encontramos un régimen político vinculado a la instauración de un nuevo modo de producción (el socialismo) y de un nuevo Estado (el Estado obrero), donde los hombres y mujeres somos "compañeros" y donde los valores que impregnarán nuestra subjetividad son la solidaridad, la colaboración y nuestra conciencia de pertenecer a la sociedad en cuanto es un todo orgánico, en el cual todos somos igualmente necesarios.

³⁰ Gramsci, A. "El consejo de fábrica" en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 78.

³¹ Gramsci, A. "Los grupos comunistas" en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 97.

³² Gramsci, A. "Democracia Obrera" en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 59.

La democracia obrera, entonces, articularía dentro de sí diferentes organizaciones que, como se dijo, más allá de que se establezca una jerarquía de competencias y de poderes, conservarían cada una, dentro del todo, su propia autonomía. Estas organizaciones que integrarían el sistema de democracia obrera serían: los comités de fábrica (al interior de la fábrica) y los consejos de obreros y campesinos (a nivel estatal). Además, los círculos socialistas deberían convertirse en sede del consejo de barrio de los delegados de fábrica, tendiendo a “(...) incorporar al comité del barrio representantes también de las demás categorías de trabajadores que vivan en el barrio: camareros, cocheros, tranviarios, ferroviarios, barrenderos, empleados privados, dependientes, etc.”³³

Si el consejo es entonces el germen del Estado nuevo, podemos decir que la democracia obrera se empieza a construir antes de la toma del poder, las instituciones de la clase obrera se deben ir fortaleciendo previamente. El proceso revolucionario no debe equipararse al mero acto de la toma del poder, sino que es anterior. Como se explicó, para Gramsci el proceso revolucionario sale a luz cuando la clase obrera muestra que es capaz de crear órganos de poder alternativos, cuando se establece una dualidad de poder. Esta dualidad de poder puede persistir durante un tiempo, hasta que se define a favor de alguno de los poderes establecidos. Para profundizar un poco más en estas nociones, a continuación plantearemos, brevemente, algunos paralelismos entre los análisis de Gramsci con algunos conceptos elaborados por V. Lenin y L. Trotsky.

3. Gramsci y sus contemporáneos

De las ideas desarrolladas por Gramsci en el período que estamos analizando, muchas se encuentran vinculadas con las concepciones de Lenin y Trotsky. Esto tiene que ver con que la revolución rusa había producido un fuerte impacto en todo el mundo, y los debates que suscitaron el surgimiento de la III Internacional y la posibilidad de concebir como viable la revolución socialista en países atrasados económicamente, influenciaron a A. Gramsci.

En su artículo “Los maximalistas rusos”, por ejemplo, planteará que la grandeza de los bolcheviques estuvo dada porque tuvieron siempre presente la meta última de la revolución, en lugar de detenerse en los objetivos inmediatos y creer que esa es toda la tarea a realizar. Ese es, para Gramsci, uno de los peligros que afrontan todas las revoluciones: detenerse para mirar hacia atrás y regocijarse con “lo hecho”. En cambio, sostiene, la revolución no se detiene, no cierra su ciclo. Así, los bolcheviques, lejos de detenerse en los logros inmediatos de la revolución de febrero de 1917, avanzaron en el proceso revolucionario, profundizando el poder obrero en los soviets que culminó, en octubre del mismo año, en la toma del poder por la clase obrera.

Concibiendo a la revolución como movimiento continuo los bolcheviques evitaron su estancamiento: “*El incendio revolucionario se propaga, quema corazones y cerebros nuevos, hace brazas ardientes de luz nueva, de nuevas llamas, devoradoras de perezas y de cansancios. La revolución prosigue, hasta su completa realización. Todavía está lejano el tiempo en que será posible un reposo relativo. Y la vida es siempre revolución.*”³⁴

Aquí, Gramsci se está aproximando a la idea de revolución permanente. La teoría de la revolución permanente es planteada por Trotsky en su libro “Resultados y Perspectivas”. Este es escrito tras el fracaso de la primera revolución rusa en 1905, y en él, Trotsky plantea cuáles son las particularidades sociales, históricas, económicas y políticas que permiten pensar que la revolución socialista sea posible en Rusia, pese a ser un país atrasado desde el punto de vista del

³³ Gramsci, A. “Democracia Obrera” en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 61.

³⁴ Gramsci, Antonio: “Los maximalistas rusos” en Gramsci, Antonio: *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI Editores, México DF, 1998. P. 86, 87.

completo desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo. Para Trotsky, la burguesía rusa es incapaz de llevar adelante una revolución democrática burguesa contra el zarismo, y esta incapacidad se debe a su debilidad como clase producto del tipo de relación del Estado ruso con las potencias occidentales, del tipo de estado en Rusia (un estado hipertrofiado, sobredimensionado, que para mantener su estructura absorbía gran parte de la plusvalía a través de los impuestos, obstaculizando así el potencial desarrollo de la burguesía) y del tipo de capitalismo predominante en Rusia (un capitalismo llegado desde afuera, facilitado por el absolutismo a través de su relación con las burguesías transnacionales de los países de Europa Occidental).

Sumado a esto, Rusia se caracterizaba por tener un desarrollo desigual y combinado. La ley del desarrollo desigual y combinado permite dar cuenta de la complejidad de la estructura socioeconómica en los países subdesarrollados. En éstos conviven numerosos residuos de relaciones de producción precapitalistas, estos elementos se combinan entre sí de manera desigual, a la vez que su inserción en el mercado mundial y la llegada del capitalismo moderno (que en la mayoría de los casos viene impuesto “desde afuera”) configuran un conglomerado de elementos dispares dominado por el capitalismo.

En este contexto, se configuraba en Rusia una estructura de clases peculiar: una aristocracia fuerte, una burguesía débil, un campesinado numeroso y una incipiente clase obrera con mayor fuerza relativa que la clase burguesa. Trotsky consideraba, entonces, que ante la incapacidad de la burguesía de llevar adelante una revolución democrática, ésta podía ser llevada adelante por el proletariado (aliado a los campesinos), pero que una vez en el poder, la clase obrera no podía detenerse en las tareas propias de la revolución liberal (reforma agraria, supresión del zarismo y establecimiento de un régimen de gobierno democrático) porque eso iría en contra de sus propios intereses de clase, sino que, necesariamente, esa revolución iniciada originalmente como democrático-burguesa, habría de transcrecer en revolución socialista, siendo esta idea de “no detenerse” y avanzar en las tareas propias de la revolución socialista el eje fundamental de la teoría de la revolución permanente.

Sin embargo, si bien las particularidades rusas hacían posible pensar que la revolución socialista podía tener lugar allí antes que en otros países más avanzados, no era posible pensar que Rusia pudiese avanzar sola en la construcción del socialismo. Desde un punto de vista internacionalista, Trotsky sostenía que para que esta revolución proletaria prosperase debía expandirse hacia otros países. Así, en Rusia era factible pensar que el proletariado tomase el poder antes que en otros países, pero no era posible llegar al socialismo si la revolución no se extendía. Y al plantear este segundo eje de la teoría de la revolución permanente, Trotsky estaba pensando en los países avanzados de Europa Occidental, pero, fundamentalmente, ponía sus expectativas en Alemania.

De hecho, esta dinámica de la revolución permanente planteada por Trotsky en “Resultados y Perspectivas” (1905) y adoptada luego también por Lenin en las “Tesis de Abril” (abril, 1917), es la que se comprobará en los hechos durante el proceso revolucionario ruso iniciado en febrero de 1917 (revolución democrática encabezada por el proletariado que instaurará el gobierno provisional de Kerenski) que transcrece luego en la revolución socialista de octubre de 1917, quedando el poder en manos de los soviets de diputados obreros y campesinos.

Asimismo, tanto Trotsky como Lenin, señalan como característico del proceso revolucionario la emergencia de una situación de dualidad de poderes. También Gramsci, como vimos, considera que el proceso revolucionario se hace visible cuando aparecen órganos de poder capaces de plantear un desafío a la supervivencia del Estado burgués, capaces de sustituirlo.

Trotsky define la dualidad de poderes de la siguiente manera: *“En toda sociedad existen clases antagónicas, y la clase privada de poder aspira inevitablemente a hacer variar en su favor, en mayor o menor grado, los derroteros del Estado. Sin embargo, esto no significa que en la sociedad coexistan necesariamente dos o más poderes. (...) El poder único, condición necesaria para la estabilidad de todo régimen, subsiste mientras la clase dominante consigue*

imponer a toda la sociedad, como únicas posibles, sus formas económicas y políticas. (...) El régimen de dualidad de poderes sólo surge allí donde chocan de modo irreconciliable las dos clases; sólo puede darse, por tanto, en épocas revolucionarias, y constituye, además, uno de sus rasgos fundamentales. (...) La preparación histórica de la revolución conduce, en el período prerrevolucionario, a una situación en la cual la clase llamada a implantar el nuevo sistema social, si bien no es dueña aún del país, reúne de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado, mientras que el aparato oficial de este último sigue aún en manos de sus antiguos detentadores. De aquí arranca la dualidad de poderes de toda revolución."³⁵

El poder dual no es un equilibrio formal de poderes, no es un hecho constitucional, sino que es un hecho revolucionario que atestigua, justamente, que la ruptura del equilibrio social se manifiesta también en la ruptura del Estado. Dos Estados coexisten antagónicamente, y esta situación, si bien puede perdurar cierto tiempo, no ha de perpetuarse: ha de resolverse a favor de una u otra de las clases en contienda, ya que *"En un mismo Estado no pueden existir dos poderes. Uno de ellos está destinado a desaparecer (...)"*.³⁶

Aquí surge una diferencia, sin embargo, entre los planteos de Gramsci con los de Lenin y Trotsky. Para los dos máximos dirigentes de la revolución rusa, es central el rol del partido de la clase obrera revolucionaria en la definición de la situación revolucionaria (no en su creación) en un resultado revolucionario, es decir, en la toma efectiva del poder en manos de los trabajadores.

En cambio Gramsci, como se explicó, en el período 1917-1922 no le asigna un rol central al partido en la dirección del proceso revolucionario. Recién a partir de la constitución del PCI, en el período posterior al fracaso del Bienio Rojo, reformulará su idea acerca de cuál ha de ser el lugar del partido revolucionario. En el artículo "El Partido Comunista" dirá entonces que es necesario que se constituya la fracción comunista del PSI, que ha de convertirse luego (en el Congreso de Florencia) en el Partido Comunista Italiano, sección de la III Internacional: *"(...) para que la fracción comunista se constituya con un aparato directivo orgánico y fuertemente centralizado, con sus propias articulaciones disciplinadas en todos los lugares en que trabaja, se reúne y lucha la clase obrera, con un complejo de servicios y de instrumentos para el control, para la acción, para la propaganda, que la pongan en condiciones de funcionar y de desarrollarse desde hoy como un partido propiamente dicho.(...)"*

Los comunistas (...) deben llegar hasta las últimas consecuencias de su actitud y de su acción: salvar la formación principal (reconstruyéndola) del partido de la clase obrera, dar al proletariado italiano el Partido Comunista que sea capaz de organizar el Estado obrero y las condiciones para la llegada de la sociedad comunista."³⁷

También en Gramsci se puede rastrear la existencia de una noción de desarrollo desigual y combinado que hace posible pensar la revolución en Italia (en sus análisis sobre la cuestión meridional, sobre la diferencia entre el Norte y el Sur). Además, la adopción de la idea de desarrollo desigual y combinado como posibilitador de la apertura de procesos revolucionarios en países subdesarrollados, conlleva una crítica a las lecturas deterministas del marxismo, una crítica a quienes esperan el desarrollo a ultranza de las fuerzas productivas antes de detenerse a pensar siquiera cuál es la realidad concreta de la lucha de clases: *"Los intelectuales reformistas y oportunistas que reivindican la propiedad privada y monopolizada de la interpretación del marxismo han considerado siempre más higiénico jugar a las cartas o intrigar en el Parlamento que estudiar sistemática y profundamente la realidad italiana (...)"*³⁸

³⁵ Trotsky, León: *Historia de la Revolución Rusa*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1997. P. 195-196.

³⁶ Lenin, Vladimir: *Las Tesis de Abril*, Editorial Polémica, Buenos Aires, 1975. P. 42.

³⁷ Gramsci, A. "El Partido Comunista" en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 115.

³⁸ Gramsci, A. "El instrumento de trabajo" en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 68.

Para Gramsci, la mayor fuerza productiva es el proletariado mismo, y si las condiciones particulares de su desarrollo (por ejemplo, en la constitución particular de la ciudad de Turín, antes explicada) le permiten gestar órganos de autogobierno, entonces quizás las condiciones subjetivas de la revolución se vuelvan más importantes que el desarrollo tecnológico alcanzado.

Por supuesto, la crítica a las concepciones deterministas del marxismo está presente en Lenin y Trotsky, sobre todo en su discusión con el “oportunismo” que según ellos impregna las prácticas de los partidos socialdemócratas. Lenin, por ejemplo, en su trabajo “El Estado y la Revolución” discute fuertemente con el líder del Partido Socialdemócrata Alemán, Kautsky, a quien considera un oportunista, un socialchauvinista (socialista de palabra, nacionalista de hecho), no sólo por haber apoyado la guerra imperialista de las potencias europeas, sino porque orientan su práctica política al Estado burgués, a hacer política parlamentaria, “olvidando” que el Estado es un producto de las contradicciones irreconciliables de clase y que, por ende, la liberación de las clases oprimidas sólo puede venir de la mano de una revolución violenta que destruya el aparato del poder estatal creado por la burguesía y lo sustituya por un nuevo estado propio de las clases oprimidas.

Con respecto a la necesidad de destruir al Estado burgués y sustituirlo por un estado de nuevo tipo (el Estado obrero) que adopte como forma política la dictadura del proletariado, el planteo de Gramsci está en estrecha vinculación con lo desarrollado por Lenin en “El Estado y la Revolución”. Para Lenin, la liberación de las clases oprimidas sólo puede ser llevada a cabo mediante una revolución violenta que, destruyendo el poder estatal burgués lo sustituya por un Estado proletario cualitativamente distinto al anterior. Tomando como ejemplo las medidas tomadas durante la experiencia de la Comuna de París (1871), Lenin sostiene que el nuevo Estado debería: suprimir el ejército permanente y la policía (es decir, el aparato coercitivo del Estado burgués destinado a reprimir a las clases subalternas) y sustituirlos por el pueblo armado; establecer la completa elegibilidad de todos los cargos públicos, debiendo ser los funcionarios responsables y revocables en todo momento y establecer que todo funcionario público debe desempeñar su cargo con el salario de un obrero, entre otras.

Así, para Lenin igual que para Gramsci, la cantidad se transforma en calidad, la democracia se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria. Sin embargo, para ambos, el Estado obrero está planteado como algo temporal, destinado a extinguirse cuando se complete el pasaje de la fase inferior de la sociedad comunista a la fase superior del comunismo.

Para Lenin, el comunismo procede del capitalismo, se desarrolla históricamente del capitalismo y es producto de una fuerza social engendrada por el capitalismo (el proletariado), entonces, ha de existir una fase de transición de un modo de producción al otro. Durante esta transición, el Estado es la dictadura revolucionaria del proletariado, la cual, a diferencia de la “democracia para una minoría” ofrecida por el capitalismo, es una democracia para la mayoría, pero no es aún una democracia completa, ya que en la fase de transición se utiliza la fuerza contra los anteriores opresores.

En la fase inferior o transicional, como estamos frente a una sociedad que acaba de salir del seno de la sociedad capitalista, la misma presenta en todos sus aspectos (económico, político, moral y cultural) aspectos de la vieja sociedad a la que pretende superar. Hay un derecho igualitario, pero es aún un derecho burgués. Los medios de producción ya han sido expropiados y, deducida la cantidad de trabajo que pasa al fondo social, cada obrero recibe de la sociedad tanto como le entrega. Es decir, se distribuye según el trabajo y no según la necesidad. La fase inferior no soluciona aún los defectos de la distribución “según el trabajo”.

En la fase superior, en cambio, se superan los límites del derecho burgués, tras un largo proceso de educación, aprendizaje, acostumbamiento y adopción de las nuevas relaciones sociales de producción, toma de consciencia de la pertenencia a la sociedad en cuanto todo orgánico, superación del individualismo, desaparición del contraste entre trabajo manual e intelectual, sólo entonces se puede empezar a distribuir según el principio de “De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades”. Si esta regla puede ser puesta en práctica por la sociedad, entonces el Estado comienza su proceso de extinción, en tanto ya no

hay clases sociales, el Estado no es necesario. En la fase superior se realizan la democracia y la igualdad de hecho: “(...) cuando no haya clases (...) sólo entonces “desaparecerá el Estado y podrá hablarse de libertad”. Sólo entonces será posible y se hará realidad una democracia verdaderamente completa, una democracia que no implique, en efecto, ninguna restricción.”³⁹

Para Gramsci, también, la dictadura del proletariado ha de extinguirse: “La dictadura es la institución fundamental que garantiza la libertad, que impide los golpes de mano de las minorías facciosas. Es garantía de libertad porque no es un método que haya que perpetuar, sino que permite crear y consolidar los organismos permanentes en los cuales se disolverá la dictadura después de haber cumplido su misión.”⁴⁰

“¿Cómo soldar el presente con el porvenir, satisfaciendo las necesidades urgentes del presente y trabajando útilmente para crear y <<anticipar>> el porvenir?”

Gramsci, Antonio “Democracia Obrera”

Reflexiones finales...

Así como Gramsci habla de no canonizar a Marx, ya que no ha escrito un credo, sino que ha sido un hombre de acción, igual de grande en su pensamiento como en su praxis; creemos, igualmente, que Gramsci no debe ser leído de forma monolítica, sino que su pensamiento debe servir como estimulante de nuevas ideas, de nuevas prácticas, de nuevos sentimientos y pasiones orientados a seguir buscando la construcción del socialismo.

En ese sentido, buscamos hacerlo pensar nuevamente, dinamizarlo, pero no sobre la base de recortes conceptuales erróneos, ni buscando omitir ideas, ni mucho menos “copiando y pegando” sus categorías como entelequias abstractas. Por el contrario, a lo largo de este trabajo nos propusimos abordar el pensamiento de Gramsci en el período 1917-1922 de un modo complejo, teniendo en cuenta las dimensiones económica, política, educativa y cultural, el plano de la subjetividad y el nivel de la organización, todo entendido en estrecha relación con la dimensión histórica que atravesaba sus análisis.

Las categorías de Gramsci siguen vivas hoy, en tanto no son producto de reflexiones académicas aisladas, sino surgidas de la praxis, y por eso, son susceptibles de ser repensadas dialécticamente a la luz de nuestra propia praxis, de nuestra realidad actual.

En este sentido, parece difícil plantearse en la actual coyuntura nacional y mundial, las posibilidades, límites y alcances de la revolución socialista, ya que a diferencia de Gramsci no nos encontramos en un período de onda expansiva de la revolución.

Sin embargo, creemos que la relación entre el capitalismo y la forma política que adopta el Estado burgués en la actualidad, la democracia liberal, sigue siendo tal como la caracterizaron Gramsci y Lenin noventa años atrás: una relación recíproca, donde las instituciones democráticas son el reaseguro del modo de producción capitalista basado en la explotación del hombre por el hombre. Entonces, no podemos aceptar, como decíamos en la introducción de este trabajo, que las soluciones a los problemas más acuciantes a los que el capitalismo somete a millones de personas día a día puedan ser resueltos en el marco de la ingeniería política, las reformas institucionales y el diseño de políticas públicas concretas, emergidas del propio seno del Estado burgués. Frente a quienes promulgan que este es el único sistema posible, creemos y

³⁹ Lenin, V. “el Estado y la Revolución” en Lenin, Vladimir: Obras Escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1980. P. 340.

⁴⁰ Gramsci, A. “Utopía” en Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004. P. 49.

sostenemos que es necesario seguir pensando, hoy en día, en la revolución como meta última de nuestra praxis transformadora.

Bibliografía consultada:

- Campione, Daniel: *Algunos términos utilizados por Gramsci*, en <http://www.fisyp.rcc.com.ar>
- Campione, Daniel: *Antonio Gramsci: Orientaciones introductorias para su estudio*, en <http://www.rebelion.org>
- Ferreira, L.; Logiudice, E.; Thwaites Rey, M.: *Gramsci mirando al sur. Sobre la hegemonía en los 90*. Kohen & Asociados Internacional Ediciones, Colección Teoría Crítica, Buenos Aires, 1994.
- Gramsci, Antonio: *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI Editores, Mexico DF, 1998.
- Gramsci, Antonio: *Antología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004.
- Gramsci, Antonio: *Escritos periodísticos de L'Ordine Nuovo (1919-1920)*, Tesis XI Grupo Editor, Buenos Aires, 1991.
- Gramsci, Antonio. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2003.
- Gramsci, Antonio: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2003.
- Harman, Chris: *Antonio Gramsci. Socialista revolucionario*. Ediciones El mundo al Revés, Serie Activistas, España, Octubre de 2001, en Internet: <http://www.elmudoalreves.org>
- Lenin, Vladimir: *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1980.
- Lenin, Vladimir: *Las Tesis de Abril*, Editorial Polémica, Buenos Aires, 1975.
- Marx, Carlos y Engels, Federico: *Obras Escogidas*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1957.
- Ouviña, Hernán. *El marxismo olvidado del joven Gramsci*, ponencia presentada en el Primer Coloquio Internacional *Teoría Crítica y Marxismo Occidental*, CEDINCI, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Trotsky, León: *La Teoría de la Revolución Permanente (compilación)*, Ediciones CEIP "León Trotsky", Buenos Aires, 2005.
- Trotsky, León: *Historia de la Revolución Rusa*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1997.